

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1954 - Núms. 67-68



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 562



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1954



Tomo XXI
Núms. 67-68

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1954

SEPTIEMBRE - OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Núms. 67-68

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso,
Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Angel Ca-
macho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García
Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano
Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero
Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova
Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José
Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

- Fray Abel Lobato.—*Vida y obra del Padre Francisco Alvarado, O. P.* 133
Felipe Cortines Murube.—*Averiguaciones en el Ingenioso Hidalgo de
la Mancha* 221
Edward M. Wilson.—“*La Harpa de Belen*”, de Félix Persio Bertiso.
(Traducción de Blanca Vázquez)..... 257

MISCELANEA

- Manuel Díaz Caro.—*Sobre la antipatía*..... 273
Norberto Almandoz.—*Intermedio musical mariano-concepcionista*... 279
* * *.—*Concursos de la Excm. Diputación Provincial de Sevilla.*
(*Patronato de Cultura*)..... 289

- LIBROS: Varios..... 291

- CRÍTICA DE ARTE: *Pintura, escultura, grabado*, J. Guerrero Lovillo ... 301

MISCELANEA

SOBRE LA ANTIPATIA

En el vivir cotidiano experimentamos sentimientos, concebimos ideas y tenemos intuiciones, sin parar mientes en ninguno de esos hechos, sin preocuparnos de buscar sus causas y determinar, en cuanto sea posible, su naturaleza ontológica, como si todos esos sentimientos e ideas fueran arbitrarios y careciesen de sentido. Sin embargo, en la vida, casi nada o nada puede decirse que sucede por que sí. El conocer, o intentar conocer, la índole de las cosas y los valores que forman nuestro ámbito vital, tiene la gran ventaja, no sólo de ensanchar la perspectiva de nuestro entendimiento, proporcionando al mismo la satisfacción intelectual de encontrar algo donde aparentemente no existe nada, sino de advertirnos del peligro que puede seguirse de considerar inofensivo lo que quizás sea dañoso.

La simpatía que algunos inspiran, que es un verdadero valor, y su polo opuesto la antipatía, nos rodean por todas partes, sin detenernos a examinar en lo que consistan, a pesar de mostrarnos la experiencia los efectos asombrosos de tales sentires. En las soluciones adoptadas por la política y aceptadas por la diplomacia, en el desarrollo de la industria, en el encumbramiento o abatimiento de algunas personas, si tratamos de indagar su razón verdadera, hallaremos en multitud de casos que, el resorte primordial que ha determinado la realización de los hechos a que aludimos, ha sido sólo la simpatía o antipatía de ciertos sujetos que quizás no aparezcan como propulsores de los acontecimientos de que se trate.

Fijémonos en la antipatía, en cierta clase de antipatía de definición difícil, en ese malestar que a las veces produce en muchos la sola presencia del desconocido individuo que la provoca.

Hay seres que, sin saberse porqué, despiertan a su alrededor una antipatía cuya raíz psicológica se les escapa a los mismos que la sienten. ¿Es que el trato social de tales seres resulta enfadoso y desconsiderado? No los han tratado nunca. ¿Han recibido alguna ofensa del antipático o se

ha interpuesto éste en su camino para frustrar sus planes? Tampoco. ¿Tiene acaso el antipático o la antipática —porque también algunas mujeres, a pesar de la natural atracción del sexo, hacen surgir la antipatía— una figura repelente por su fealdad o por sus actitudes? No hay en su exterior ningún rasgo aparente definido que justifique la repulsión. Entonces ¿por qué esos sujetos poseen la facultad —llamémosla así— de producir dicho sentimiento? Y lo curioso y desconcertante es que son varias, generalmente muchas, las personas coincidentes en sentir la antipatía hacia los mismos sujetos, y si se les pregunta por el motivo de ella se encogen de hombros, contestando que no pueden explicársela.

Indudablemente un hecho psicológico, producido en la mente de personas de diversos caracteres y condiciones y referente a los mismos individuos despertadores del hecho, tiene que tener una causa que lo explique y al explicarlo lo defina. Los acontecimientos más sencillos están casi siempre rodeados de un cierto misterio, obedeciendo a causas que conviene investigar. Razón tenía Shakespeare para hacer decir al Príncipe Hamlet aquellas palabras que dirige al más leal de sus servidores: «Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía».

Intentemos esclarecer, en cuanto nos sea dable, lo que es objeto de estos renglones.

El hombre normal, aunque no reflexione sobre ello, sabe que le incumben múltiples obligaciones para con la sociedad, obligaciones que suele cumplir de un modo automático, y sabe también, aun cuando no se entretenga en pensarlo, que los demás hombres están igualmente obligados a las mismas prestaciones. Todo eso que, de un modo vago, casi inconsciente, experimenta, se ajusta a una ley que contribuye a que la sociedad subsista. Tal ley comunica sagacidad a los humanos para prevenirse contra los males derivados del incumplimiento, por parte de los demás hombres, de los deberes impuestos por la convivencia; y al notar algunas personas, en presencia de otras, ciertos rasgos indefinibles que el mismo que los nota no puede explicar, ciertos gestos o actitudes que, aun cuando parezca extraño y contradictorio, el subconsciente del observador ha percibido surge en el espíritu de éste una cierta repulsión hacia aquél en quien ha notado ese no sé qué misterioso. Diríase que muchos hombres, la mayoría de los hombres normales, están provistos de antenas invisibles, denunciadoras de algunos individuos incumplidores de las leyes de la ética; y no se crea, sin embargo, que, para suscitar esa clase de antipatía, se ha de poseer por quien la suscite una condición excesivamente aviesa, pues bastará una cierta predisposición a incurrir en actos u omisiones que impliquen, de un modo o de otro, falta de colaboración moral a los fines sociales humanos. Los efluvios psíquicos emanados de ciertos

individuos son captados por las antenas sagaces que advierten el peligro. Por tanto, la antipatía que ahora nos ocupa es el sentimiento de desafecto nacido en el ánimo del observador, como advertencia prudente de los males, grandes o pequeños, que pudiera perpetrar el individuo a quien se refiera.

Se dirá que, muchas personas tenidas por antipáticas antes, resultan luego simpáticas al ser tratadas. Ciertamente; pero esa es la excepción; a más de que, a la postre, suele en ocasiones producirse el hecho demostrativo de la antipatía inicial.

Por regla general, el antipático es un ser resentido, amargado, algo tocado de manía persecutoria, que se cree víctima de las injusticias sociales; aborrece los elogios tributados a otros hombres y se ensaña con la reputación de los elogiados, desfogando así el rencor que lo devora, y si sospecha que alguna tara suya ha sido descubierta, se esfuerza en demostrar que esa misma tara está disminuyendo, o haciendo desaparecer la honorabilidad de casi todo el mundo. El antipático es soberbio, no consiente que se discrepe de sus opiniones, se envanece de su terquedad y no perdona a ningún contradictor. El antipático que se tiene a sí mismo por un modelo de recta conciencia, el antipático de *moralidad intachable*, que también los hay, se abstendrá de difamar a nadie, pero con insinuaciones cautelosas, dejará caer en la conversación frases, aparentemente inofensivas, mezcladas de otras laudatorias, que ponen de manifiesto, con hipócrita perfidia, tal cual desliz del individuo o quien detesta; y si dicho sujeto de tan *intachable moralidad* realiza un acto justo, tiene éste de cierto matiz agresivo que invalida o afea lo que de bueno existiera en el acto realizado. El antipático es siempre un aguafiestas, antipático es envidioso, y aun cuando no diga ni haga nada que delate su pasión, la dura fijeza de su mirada y sus menores gestos faciales, pregonan ante el observador inteligente, de un modo inequívoco, el palpito inconfesable que le muerde las entrañas.

Las causas o signos que aquí se asignan a la antipatía, no se reúnen siempre en un solo individuo, bien que puede haber quienes, más o menos acentuadas, las posean todas, pero la virulencia de las mismas es lo suficientemente eficaz para que, aun no conociéndolas los demás, ni pensando en ellas, denuncien, de un modo oscuro y misterioso, la existencia de un ser de condiciones que lo empujan a inhibirse de los deberes sociales que a todos nos obligan.

Esta es la antipatía que podríamos llamar de primer grado.

Hay otra, bastante generalizada, que podríamos denominar de segundo grado, en la que, la culpa, la fealdad de ella, no reside en quien la suscita, sino en quienes la experimentan. Se trata de la animadversión que muchos sienten hacia las personas que sobresalen por su talento y

cultura. Schopenhauer, en su «Parerga y Paralipómena», se ocupa, muy de pasada, de esta clase de antipatía, que atribuye al sentimiento de la propia inferioridad ante los seres superiores. Aunque concedamos que el pesimismo característico de dicho filósofo le haga ennegrecer el cuadro de las facultades humanas, es innegable que el vulgo —dando a esta palabra su más amplia acepción— se siente humillado ante los que se destacan por su inteligencia. Como la envidia es la raíz de esta antipatía, se oculta cuidadosamente, porque tal pasión se enmascara ante la propia conciencia. Son pocos los envidiosos conscientes. Por eso, no se suele exteriorizar francamente la antipatía susodicha. Lo más que algunos se atreven a decir es que tal sujeto «le carga». Contribuye a aumentar esa animadversión, la igualdad existente entre los hombres de hoy, mucho mayor que la que hubiera hace más de un siglo, en que escribía Schopenhauer, el cual no habla de ella cuando se ocupa brevemente del rencor que se siente ante los que sobresalen por su inteligencia. En efecto; por las circunstancias en que se desenvuelve actualmente la sociedad en los países occidentales, por la lectura de la misma prensa periódica, por la garrulería de las radios, por el excesivo desarrollo de la democracia —de la falsa democracia podríamos decir— se ha producido un igualitarismo en el pensar idéntico al que existe en la indumentaria. El resultado ha sido el achicamiento —digámoslo así— de los espíritus. Es difícil encontrar diferencias en la psique de los hombres de hoy. Casi todos tienen llena la cabeza de unas pocas ideas triviales que, a través de las diferencias de clases y de la diversidad de profesiones, crean una vulgaridad contagiosa y suministran la ilusión de encontrarse enriquecidos espiritualmente; pero cuando la realidad, burlándose de sus ilusiones, les muestra seres que desmienten, sin proponérselo, lo que la vanidad le presentaba como cultura de buena ley, surge en ellos una sorda irritación hacia tales seres, irritación que no se atreven a declarar de un modo muy ostensible y que quizás se aumente porque se vean forzados a respetarlos.

Claro está que, a las veces, se ven por ahí señores talentados de abundante cultura que se creen con derecho a hacer gravitar todo el peso de su valía sobre los demás, exigiéndoles una constante admiración. Esos señores resultan insufribles, y es disculpable que no despierten a su alrededor sentimientos de benevolencia.

Hay otra clase de malquerencia íntimamente relacionada con la que acabamos de relacionar, consistente en la antipatía que se anida en la mente del hombre gregario, del que Ortega llamaría el hombre-masa, hacia quienes no se someten de un modo incondicional a los decretos dictados por los prejuicios y rutinas sociales, a los considerados como «raros». «El hombre raro» es detestado, más o menos fuertemente, según la vehemencia de los que experimentan esa antipatía que no se cuidan de

disimular; pero no se crea que la «rareza» de que se trata es alguna extravagancia de individuos estrafalarios. Los extravagantes, los estrafalarios, provocan más bien la risa que la animadversión. «El hombre raro» es el que se aburre en tertulias de gentes ignoras donde siempre se hablan las mismas vulgaridades, el que prefiere un buen concierto o un paseo por el campo a las frivolidades insustanciales en que casi todo el mundo vive, el que ama la lectura y considera un libro interesante como un verdadero amigo, el que, sin ofensa de nadie, no se somete a los insulsos mandatos de los que se erigen en directores de los carneros de Panurgo, el que, en una palabra, tributa su aplauso a quien juzga merecerlo y se niega a las adulaciones que tanto agradan no sólo a quienes se endilgan, sino a los propios aduladores. ¿Puede tolerarse —dice el hombre-masa— que un sujeto que carece de relieve social tenga la audacia de seguir una conducta que nadie sigue y dé a entender que le importa poco la desaprobación que nos merece su proceder?

Es tan grande la soberbia de muchos —raíz de casi todas las antipatías— que quisieran imponer su criterio lo mismo al «hombre raro», cuyos actos hieren la mezquindad de sus almas, que a todo aquel que discrepe de sus aficiones en las cosas más insignificantes. La uniformidad que antes hemos señalado, contribuye a que nazca la malquerencia indicada.

Ciertamente que la sociedad proporciona grandes bienes que se hace pagar con largueza, pero al efectuar el pago no hemos de entregar una cantidad tan excesiva que implique la anulación de la propia personalidad.

Podrían estudiarse otras muchas clases de malquerencias nacidas de la soberbia individual, causa ésta que hallaríamos en todas las desafecciones al prójimo, hasta quizás en la que hemos llamado antipatía de primer grado. Por ello hay que vigilarse tenazmente, así en la antipatía que podamos acaso sentir hacia sujetos de notoria superioridad, como en los actos propios que puedan ser motivo, hasta cierto punto razonable, de provocar ese adverso sentimiento en nuestros semejantes.

Si la simpatía puede ser considerada como la antesala del amor o de una sólida amistad, su antítesis, la antipatía, hay que diputarla como el vestíbulo del odio, del que debemos huir por los males incalculables que produce, siendo uno de los mayores el padecimiento que inflige a quien lo alberga. El que siente odio, encuentra el castigo a su pasión en el solo hecho de admitirlo y paladear las hieles que destila.

La caridad, el esforzarnos en poseerla si está ausente de nosotros, es el más eficaz freno contra la antipatía y el odio, que es su posible consecuencia; y he aquí, cómo en la filosofía cristiana encontramos siempre perspectivas luminosas que satisfacen, plenamente, las ansias espirituales humanas.

MANUEL DIAZ CARO.

